

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . .	24 reales
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.
La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

EL GRAN CANGUELO.

(Comedia de la vida pública.)

ACTO PRIMERO.

(Una calle, y en el fondo mucha playa. Toca clarines, como en las comedias de Lope, y salen D. Pantaleon y Doña Eufemia.)

D. Pantaleon.—¿Qué es eso?

Doña Eufemia.—Mucha gente que nos mira.

D. Pantaleon.—Estoy escamado.

Doña Eufemia.—¿Qué te figuras tú, nene mío?

D. Pantaleon.—Me han dicho que en este pueblo hay gente dispuesta á darme la morcilla.

Doña Eufemia.—¡Tonto! ¿No tienes tú quien te guarde la espalda?

D. Pantaleon.—La espalda sí, pero la delantera...

Doña Eufemia.—Yo tendré cuidado.

Un cañonazo.—Burrum... bum... bum.

D. Pantaleon (dando un salto).—Ya están ahí. (Se desmaya.)

Doña Eufemia.—¡Socorro! ¡Jesús, este hombre sueña siempre con asesinos...

Un curioso.—Que le pongan sanguijuelas.

ACTO SEGUNDO.

(Salon rico que estará mañana pobre.)

La señora de siempre.—Vaya D. Pantaleon, vuelva Vd. en sí, que aquí está Vd. entre amigos.

D. Pantaleon.—¿Dónde estoy? ¿No hay quien me dé bullon?

Un criado.—¿Qué pide?

La señora.—Caldo; traedle una tacita para que se reponga.

El criado. (Aparte).—Si fuera quina...

D. Pantaleon.—¿Puedo hablar con confianza?

La señora.—Nadie nos oye (Bajo á un criado.)

Avisa á los vecinos.

D. Pantaleon.—Han de saber Vds. que en mi pueblo me andan buscando el bulto. Yo no sé cómo me las gobiernan; pero lo cierto es que no me dejan descansar. Y yo no he hecho mal á nadie, escepto á dos ó tres millones de ciudadanos que por mí ¡crac! espicharon. Mis criados no se mamen el dedo, lo que se mamen son buenos sueldos; y al entrar aquí me ha dicho uno: ¡Ojo!

—¿Qué ocurre? le pregunté yo llevándome la mano al vientre.

Gente mal encarada y sospechosa. He visto uno con un chirlo en la frente...

—¡Vil asesino!

—Otro con unas barbas...

—¡Cielos! algun demagogo... ¿Si será el asesino de Monsieur le ministre Gonzalez Brabo?... ¡Alerta, lebreles!

Mis criados empezaron á vigilar por todas partes, y estoy esperando noticias.

Doña Eufemia.—¡Pero han visto Vds. la manía que se le ha metido en la cabeza á mi marido!

ACTO TERCERO.

(La misma decoracion, los mismos personajes y los mismos cencerros.)

—Tilin, tilin, ¡tiliini!

—Pide la palabra el telégrafo. Oigamos.

Paris 9, 2 tarde.—Asesinos, pistolas, revolver, bombas, cañones. Habrá ¡purrum!

D. Pantaleon.—Lo está Vd. viendo, señora, yo no salgo vivo de este pueblo.

La señora.—Yo estoy como la que no lo cree.

D. Pantaleon.—Cuando mis criados me lo avisan... ellos no se equivocan, tienen el olfato muy fino.

Doña Eufemia.—Cómo que huelen desde París lo que guisan en Italia.

—¡Tilin, tilin, tiliini!

—Otro despacho. Oigamos.

Bayona 3 tarde.—Gordo crimen, bombas 50,000; rodeado asesinos tarde noche ¡purrum!

D. Pantaleon.—Ciertos son los toros.

El marido de la señora de siempre.—¡Caramba! ¿por qué?

Una voz.—Ya decia yo que aquellas caras...

D. Pantaleon.—¡El terreno está minado! Que avisen al general F., al alcalde A., al obispo, al papa... á todo el mundo.

(Suena otra vez la campanilla del telégrafo.)

D. Pantaleon.—Otro despacho. Este dará mas de talles.

Paris 4 tarde.—Esta noche gorda estacion camino 2,000 republicanos!

D. Pantaleon.—¿Lo quiere Vd. mas claro?

La señora de siempre.—Pues señor, sigo no creyéndolo, y para dar á Vd. una prueba, yo le acompañaré hasta dejarle en su pueblo.

Doña Eufemia.—No se incomode Vd., si es una manía de mi esposo...

ACTO ULTIMO.

(Una estacion del ferro-carril.)

D. Pantaleon.—(Tentándose.) Me parece que estoy vivo...

Doña Eufemia.—¿Te has convencido de que todo era una manía tuya?

La señora de siempre.—Sea Vd. mas prudente, Don Pantaleon, y buen viaje.

Un español.—¡La del humo!

D. Pantaleon.—¡Ay señora! si conforme ha sido aquí, hubiera sido en mi pueblo, á estas horas tendria

en la cárcel á la mitad de los vecinos. ¡Bonito susto me he mamado!

La señora.—¿Sabe Vd. cómo se llama eso en mi tierra? Canguelo.

D. Pantaleon.—¿Sí? Pues yo pasar un canguelo tres fort.

Luis Rivera.

San Sebastian 12 de setiembre de 1865.

¡GLOIRE ET PATRIE!

¡La gloria! ¡La patria!

Hé aquí mencionados dos objetos de lujo, los mas caros (en ambas acepciones) al glorioso y patriótico pueblo francés.

Mr. Dupin ha estado en su cuerda (que es la cuerda floja) al informar á sus mas sibaríticos conciudadanos sobre los miserables efectos del lujo femenino.

Allá en los mas lujosos salones, se ha hecho justicia al talento del grande hombre de Estado; en todas partes se han descubierto tendencias á la severidad del traje y de las costumbres, y la morigerada Francia de los Mirés, los Nucingen, los Saint-Arnaud y los padres jóvenes parece despepitarse por crear una era catoniana, diogénica, anacoretica.

Solo dos objetos de lujo quedan fuera de la universal repugnancia.

La gloria y la patria.

Y aun por una bien entendida prudencia, esos dos objetos de lujo se mandan elaborar en el extranjero.

La gloria de Francia se fabrica en Méjico, bajo la direccion del laborioso artífice Bazaine.

El soldado francés bueno y sano, puede y debe ser considerado como un objeto prosaicamente útil.

Su mas gallardo y marcial ginete, colocado en una garita de las Tullerías, no pasa de ser, á pesar de su caballo, un objeto lisa y llanamente pedestre, que recuerda la cebada, la almohaza y el rancho cuartelario.

Pero la gloriosa Francia se los remite á Bazaine, y él se los devuelve tuertos, cojos, mancos, con una variedad de lisiaduras tan caprichosas y originales, que toda aquella juventud tragona, desgarrada, y solo aplicable á los mas viles oficios mecánicos, se convierte en gloriosa cohorte de inválidos beneméritos, en estímulo á la admiracion de sus compatriotas; en móvil de los afectos que mas complacen un ánimo verdaderamente francés.

Porque Méjico es un manantial de glorias inagotables para las armas francesas.

Ayuntamiento de Madrid

El cielo las protege, no diré con reprensible parcialidad, pero sí con especial predilección.

No pasa día sin que la belicosa juventud francesa tenga un encuentro con los tenaces mejicanos.

Esto podrá significar que el trono del emperador austriaco no se asienta aun sólidamente; pero el emperador Maximiliano, si cae mañana, como no es francés, no eclipsará con su caída la gloria de las armas bonapartistas.

Bazaine en cada parte da cuenta de un triunfo, y la victoria parece un perrito faldero, que atado á un cordón verde lleva el abanderado á todas las escaramuzas.

La patria... la patria puede estar junto al Rhin; puede estar junto al Ebro... ello ha de ser por las cercanías de un río... revuelto. Lo que no tiene duda es que otro de los objetos de lujo que se manda fabricar en el extranjero, es la patria.

Patria, tal como se entendía en medio de las vagas aspiraciones y de los febriles delirios á que se entregaba el francés bajo Luis Felipe; cuando se aspiraba al falansterio dentro de la misma Francia; cuando se creía en la libertad individual y en materialidades semejantes... esa patria no existe.

París es la casa de recreo del emperador, y los departamentos son las dependencias.

Fero habladle á un francés del porvenir inmediato de Bélgica, y os guñará el ojo con malicia; habladle de la Alemania de acá, y se pondrá el índice en los labios para que no espanteis la caza; habladle de la vertiente de nuestros Pirineos, y... ¡todo eso son sus patrias futuras!

Por eso discurre el medio de economizar ahora, á fin de hallarse con fondos el día que entre en posesión de sus inminentes herencias.

¡Y luego dirán que es positivista!

Roberto Robert.

¡EL CÓLERA!

(Revista inocentísima.)

Ante todo, debo decir que el fiscal de imprenta con una amabilidad que nunca me cansaré de agradecer, tuvo ayer la feliz ocurrencia de recoger un artículo (y no de fé), firmado por mí y titulado *La dama de los camelos*.

Mis habituales lectores fendrán la bondad de no incomodarse por eso.

He llegado al caso de no poder hablar de nadie. Y digo de nadie porque así suelo yo llamar á cierta personita de cuyo nombre no debo acordarme.

Continúemos. Hablemos de algo que no ofenda los castos oídos de los inspectores de policía.

Hablemos de algo que al gobierno le irrite tanto como á mí; por ejemplo, del cólera.

¡EL CÓLERA! hé aquí un grito que ha espantado á todos los españoles como si hubieran oído este otro: ¡¡O'DONNELL!!

Si yo fuera un Selgas ó un Rada y Delgado, haría ahora mismo una serie de comparaciones poético-laberíntico-semi-ingeniosas entre D. Leopoldo y el cólera morbo asiático.

El estilo de Selgas, sobre todo, me podría servir de ayuda.

Y diría cosas por este estilo:

Para comprender al cólera no hay mas que comerse un melón y tres docenas de melocotones.

¡El cólera! Esta es la voz general. Se le teme por que mata y se le espera porque no puede uno por menos.

Hé aquí una cosa verdaderamente estraña; cada hombre está amenazado de muerte á todas horas y no puede morirse mas que á una hora determinada.

¡Ah!

¡Eh!

El cólera es un círculo que nos envuelve.

Cada hombre está dentro de un círculo.

Y la mayor parte de estos son círculos viciosos.

¡Ih!

¡Oh!

El otro día me llamó la atención un cuadro que no se puede colgar en ninguna parte.

Tres niñas rubias como tres ángeles, comían melón como si tal cosa.

Se sabe que los niños tienen un estómago como los hombres, y se calcula que en un estómago no pueden caber tres melones.

Pues bien: aquellas niñas comieron tres melones cada una, y bebieron un cubo de agua. Es decir, se comieron un melón elevado al cubo.

No pude menos de esclamar:

—¿Tendrán estómago esas niñas?

Y esta observación estomacal que yo hice, trajo por los cabellos esta otra:

—¡Ah! no; esas niñas no tienen estómago, ¡aunque le tengan!

El cólera y la union. Estas son las dos epidemias que nos están haciendo andar de medio lado.

La union y el cólera son hermanos. D. Leopoldo es un caso y cada dominación vicalvarista es un curso.

Llevamos dos cursos. La sepultura nos espera.

Una sepultura no es mas que una boca abierta que quiere tragar algo.

Y esta sepultura que la revolución está labrando, tiene hambre.

Para ella no hay obstáculos.

Por eso quiere tragarse los obstáculos tradicionales.

¡Uh!

Recorriendo este papel como se recorre un ministerio, he dado con una salida de tono.

Los moderados están hidrófobos.

Union, cólera, hidrofobia: hé aquí al país.

¿Se curará de tantos males?

Nada se sabe. En Madrid no sabemos nada.

Lo único que se sabe de cierto, es que la reina ha entrado con toda felicidad en el quinto mes de su embarazo.

Eusebio Blasco

EL OBSTACULO.

Todos sabemos que existe, que tiene cabeza y piés, que al progreso se resiste, mas su fuerza ¿en qué consiste? El obstáculo ¿cuál es?

Corren las aguas del río de la altura despeñadas, y cuando mas agitadas se estienden á su alvedrío; sin que el vulgo se lo explique se las ve retroceder, y fácil es comprender que el obstáculo es el *digue*.

Sale un toro al redondel, escarba, recoge el rabo, y ni Brabo con ser bravo se pone delante de él. Mas le burla la canalla, tronchos y piedras le tira, y él ruge, y quizá suspira, al tropezar con la *valla*.

Pretende un feliz galán de Julia la blanca mano; lleva de amarla un verano y está mas tierno que el pan. Ella lo sabe y se alegra, pero es fugaz su contento; se opone á su casamiento un obstáculo; la *suegra*.

Me gusta tomar el sol cuando no tengo que hacer, que es siempre, como á mi ver, le pasa á todo español. Ayer á tomarle estuve y por mas que le buscaron mis ojos, solo encontraron el obstáculo; la *nube*.

¿Visteis ginete veloz perseguir la res herida ya con la vista encendida y sin aliento la voz? Pues por mucho que ese oficio de ardor y furia le llene apuesto á que se detiene delante de un *precipicio*.

El mas hábil general, el mas esperto albañil, el mejor guardia civil, y el mejor guardia rural, con todo su corazón, su entusiasmo y su destreza, no pueden con la cabeza derribar un *murallón*.

Y si tal la propiedad de estos obstáculos es, que no les da de través la mas firme voluntad. Aun es mayor y mas grave y aun mas rinde y avasalla, el que todo el mundo calla, y el que todo el mundo sabe. Es obstáculo al andar, es obstáculo al reir, es obstáculo al vivir, y obstáculo al espirar.

Pues por estraña fusión que hasta hoy por absurda tuve, es en mi pobre nación, *digue, valla, suegra, nube, precipicio y murallón*.

M. del Palacio

YA SE HAN VISTO.

La cuadratura del círculo, la dalia azul, la catedral de Madrid son todavía sueños, serán quimeras eternas... pero la entrevista de los soberanos de España y Francia es afortunadamente un hecho positivo, consumado.

Quisiera yo hallarme en aquellos futuros tiempos en que las cosas de hoy serán historia antigua, para leer y averiguar el verdadero objeto de la entrevista.

Mire Vd. por donde podría atribuirme cualquier perverso el deseo de ver muerta á la generación presente cuando menos; lo cual no pasaria de ser una infame calumnia como otras tantas que se vierten hoy sobre frentes casi tan respetables como la mia.

Ello es que la entrevista es tan cierta como el déficit, como el pago de la deuda de 1823.

Nuestros padres tuvieron la envidiable suerte de conocer muy pronto el testamento de aquellas tiernísimas cartas de Fernando VII á la Magestad real é imperial del primer Bonaparte.

Nosotros, segun barruntos, tardaremos mas en conocer el testamento de la conversacion que probablemente habrán tenido en San Sebastian los soberanos.

Yo lo primero habria preguntado:

—A propósito, querido primo; ¿por qué dijisteis á Concha que de mí dependía eso ó lo otro?

Escelente ardid para calcular la fuerza de improvisación del primo, que indudablemente, jamás habrá pensado que pudiera dirigírsele semejante pregunta tan escueta y á boca de jarro.

Durante el largo tiempo que anduvo en anuncios



—Diga Vd. á los señores que nos vamos y que esperamos verles por casa.
—Lo haré señor, y no dude Vd. que irán, pues ese es un viaje resuelto hace mucho tiempo.

esa entrevista, los diarios bien enterados aseguraron que no tendria ningun objeto político.

Este es un gran dato... para la fé.

No se ha sabido ni supuesto que los Borbones hasta ahora arrojados del poder por los ejércitos de Victor Manuel y Luis Bonaparte, torcieran el gesto ni acogieran con benévola sonrisa la nueva de la entrevista.

Han permanecido todos impasibles ó distraídos, unos mirando al techo, otros contando los ladrillos de su cuarto, sin mostrar impaciencia ni mirar de reojo, como si no hubiera suceso para ellos y dispuestos á encojerse de hombros á toda insinuacion, exclamando:

—¿Y á mí qué?

Es, pues, evidente que la entrevista no parece política.

Ahora como por resorte sale la noticia de que en este realé imperial diálogo no se ha tratado del casamiento del príncipe Amadeo con la princesa Isabel.

No será eso, y los libros están llenos de entrevistas de soberanos, de las cuales no ha resultado matrimonio alguno á Dios gracias.

Pero todos los periódicos extranjeros están conformes en que la entrevista ha dado motivo á innumerables conjeturas; y aquí es donde yo me pierdo.

El objeto no puede haber sido ni Tenorio, ni Espartero, ni el Padre Claret, ni Sor Patrocinio.

Pues si esto es lo único que interesa á los españoles, y nada de eso es objeto de la entrevista, ¿qué será?

¡Qué feliz es el general O'Donnell que se figura saberlo!

Ustedes dirán: Hombre, deje Vd. esos quebraderos de cabeza para el duque de Montpensier, que algo mas que á Vd. debe interesarle la cosa.....

Convenido.

Pero yo que vivo centralizado: es decir, yo que como español estoy quintesenciado; que tengo un gobierno que cuida de todo lo mio, desde la religion hasta los condimentos, ¿no es natural que en mis eternos ocios desee averiguar porqué se molestan cuatro soberanos que viviendo en la mas apetecible armonía, celebran al fin y al cabo, despues de varias tentativas una entrevista?

Si no se ha de casar nadie;

Si no nos han de pedir mas dinero;

Si no han de volver D. Juan y D. Alfonso;

Si no han de restaurarse los tronos de Italia;

Si Obregon va á Málaga;

Si no ha de volver Mon á París.

Si, en fin, no hubo motivo para la entrevista, reclama á lo menos de la posteridad que me reconozca como auténtico inventor de la observacion siguiente:

«En 1865 se reunieron *por fin* en San Sebastian los soberanos de España y Francia, que no podian verse (aquí se añadirá sin coma ni errata) con frecuencia.»

Roberto Robert.

UNA IDEA SUELTA.

No hace muchos dias me enviaron á casa un album para que manchara una hoja con mi firma.

Desde que sé que la curiosidad es la madre de la ciencia, no ceso de rendir culto á la madre por ver si algun dia logro pescar á la hija.

Por eso cuando vi el album, lo repasé hoja por hoja y pude ver lo que otros autores habian dicho.

Habia alli firmas muy conocidas en política y en literatura; pero ¡oh escándalo! la mavor parte de los

políticos franceses habian ocupado las hojas del album escribiendo desmesurados elogios de Napoleon III.

¡Qué lástima de papel! dije para mi al ver que la pureza de aquellas hojas se habia manchado con tales borrones.

El dueño del album me habia dirigido la siguiente carta:

«Dedícale dos ó tres renglones á nuestro brabo emperador, compárale á Dios, por que es el redentor de Francia!—X**

Era, pues, preciso, hacer un Dios de un pobre hombre.

Cogí la pluma y me coloqué al lado de Mr. de Girardin en una página oscura.

Con perdon de los franceses, escribí lo siguiente: «Júpiter, que era todo un Dios, necesitó disfrazarse de toro para robar á Europa.

Luis Bonaparte ha hecho lo mismo, disfrazado de hombre.»

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Las tropas que salieron de Madrid para dar la guarnición en la Granja, han recibido ya en el camino la orden de volver, por haberse dispuesto que este servicio lo hagan fuerzas procedentes de Valladolid.

¿Y saben Vds. la razon de esta mudanza? Pues es porque habiendo sabido que por aquí han ocurrido algunos casos de cólera, pudieran llevar el contagio en los bolsillos.

Esto me recuerda que hace muy poco tiempo dijeron los periódicos ministeriales que la corte vendría á Madrid si se presentase el cólera, para participar de la suerte de sus súbditos.

¡Vuelvo!

Los vicalvaristas, que son capaces de quitarlo todo, quieren quitar á los españoles hasta el derecho de ser vecinos.

Por ejemplo:

El alcalde de Antequera ha sido separado de su cargo segun dice la real orden, porque no pagó cargas municipales, y porque no tiene su residencia en aquella ciudad.

Esto es inexacto: pero como la orden está rubricada de la real mano, el alcalde de Antequera habrá debido decir muy formal: pues señor, en efecto, no estoy en Antequera. ¿Cómo no habré yo reparado que sin moverme de Antequera, estoy fuera de ella?

A este alcalde le ha sucedido lo que al médico que no habia reparado en que lo es.

¡Milagros, milagros!

Se habla con insistencia estos dias de una nueva coalicion, en la que entrarán los hombres mas notables de todas las fracciones moderadas, que no son pocas.

—¿Qué te parece á tí esa coalicion, preguntaba anoche un andaluz á otro?

—Hombre, me parece un calcetín viejo lleno de víboras.

Varios periódicos han anunciado la llegada á Madrid del abogado Sr. Necedal. En efecto, le vimos el martes en el Retiro acompañando á una antigua cliente á quien hizo perder el pleito, y á la cual aconseja sin duda todavía.

La empresa del Norte prepara trenes de recreo que durante quince dias llevarán á París por 18 duros de ida y vuelta.

Lo único que falta saber es qué cantidad abonará por los miembros que pueda uno perder en el camino. Se admitirá á cada viajero como equipaje una libra de hilas y dos ó tres cuartillos de árnic.

Parece que el Sr. ministro de Marina, al simple aviso de haberse presentado en España algunos casos de cólera, ha mandado declarar súcios á Puerto Llano y Puerto Lápiche. Al mismo tiempo ha dispuesto que los buques no puedan anclar en ninguna rada, como no sea en la Rada... y Delgado.

Ha llamado la atencion en San Sebastian el número y clase de los polizontes que acompañaban á Napoleon.

Comprendemos que si su visita hubiera sido al pueblo se hubiese acordado del Dos de Mayo y de Zaragoza; pero siendo á la corte, le bastaba acordarse de Bayona y de Valencey para no tomar este género de precauciones.

Por lo visto el emperador tiene tan mala opinion de nosotros como nosotros de él.

Continúan las bellezas literarias de los correspondientes de los periódicos noticieros.

Dice una carta fechada en San Sebastian y firmada por R:

«Esta mañana, poco despues de medio dia... Pero hombre, si era poco despues de medio dia, ya no seria *esta mañana*, sino *esta tarde*. ¡Digo, esto me parece que no admite duda!

Se da por cosa cierta que el ministro de Hacienda *sale en puerta*; tal como están la Deuda diferida y la consolidada, puede que esta *salida* proporcione al Tesoro alguna *entrada*!

El querer seguir á la corte en su viaje está costando sendos tropezones á *La Regeneracion*.

Siempre me ha parecido muy triste el papel de cronista cortesano; ó hay que tropezar en la censura, ó que estrellarse en el ridículo.

Muchos abonados del Teatro Real están que trianan porque la nueva empresa ha puesto los abonos al precio del despacho. GIL BLAS cree que en lo que ha hecho mal es en no distribuirlos como los recibos de la contribucion; con recargo.

¿Les parece aun que ha hecho poco trayéndoles una compañía mas numerosa que la union liberal?

Un nuevo choque ha *tenido lugar* (como diria la *Correspondencia*) en la línea del ferro-carril del Norte. ¿No es verdad que es esta la empresa mas *chocante* del Orbe?

Cuando sucedió el choque no iba en ninguno de los wagones el general O'Donnell.

¡¡Ah!!!

En cambio iba el marqués de Tagliacarne.

¿Seria el choque cosa combinada por los neos?

Se asegura que al emperador de los franceses no le ha picado ningun bicho despues de haber salido de España.

El cólera ha atacado ya á varios cuerpos.

Nada se dice sobre si ha atacado ó no á los cuerpos colegisladores.

La moda se lo apropia todo y saca partido de cualquier cosa.

Por ejemplo; desde que ha venido Napoleon á las puertas de España, los cigarros de tres cuartos ya no se llaman *coraceros*; se llaman *entrevistas*.

Escusado es decir que ninguno sigue bien.

Un gato vió á una mona y le dijo: *¡me gusta esa persona!* La mona se rió muy satisfecha y hácia su casa se marchó derecha. *Antes de cuatro meses vendrá el emperador de los franceses.*

¡Los moderados esperan el dia diez y siete! Esto me huele á cuartos. ¡Diez y siete! ¡Cuartos! A ver, que les den dos reales.

Sigue *Los Tiempos* refiriendo cuentos. Luego empezará el de nunca acabar. ¡Digo! Suponiendo que comenten el viaje y la entrevista...

Al ver en la inmensa llanura del mar las aves marinas con rumbo hácia acá les dije ¿qué ocurre? y en tono de *la...* dijeron; ¡*camelo constitucional!*

Al saber que en España habia un hombre—Posada, Napoleon quiso entrar en él. En cambio al recordar qué clase de Posada era este hombre, quiso salir.

Libre España, feliz é independiente se abrió al vicalvarista incautamente. Viéronse estos traidores fingirse amigos para ser señores, y el comercio aceptando entrar comiendo por salir tragando. Los tesoros que abriga en cada entraña vivorezno ingratos para España rompiendo el seno que los cubre en vano colmaron la ambicion del Gran Cristiano. Italia, horror de Roma fementida, se vió reconocida, y Don Luis Malaparte haciendo un lio, vino á esplorarnos: ¡pistonudo tio!

ADVERTENCIA.

Hacemos á nuestros suscritores la justicia de creer que, sin necesidad de decirlo, están al corriente del por qué no se repartió ayer, como debia, el número de GIL BLAS. Era el primer dia de gala y de iluminacion, y lo mismo que á los edificios públicos, nos alumbraron.

Consuélese el público con que si este número no se ha repartido á tiempo, el embarazo que lo ha ocasionado no tiene nada de nuevo ni de particular.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865.